

Una imagen del sabio cubano don Fernando Ortiz

RAIMUNDO REPALL FINA*

Presentación

El autor de este trabajo sobre la figura intelectual y humana —muy amada por los cubanos de hoy— de *Don Fernando Ortiz*, es un joven investigador cubano, graduado en historia en la Universidad de La Habana y actualmente vinculado al Centro de estudios literarios *Alejo Carpentier*.

Esta semblanza del sabio historiador, folclorólogo, sociólogo, y pedagogo cubano nacido en 1881 y fallecido en la Habana en 1969, verdadero iniciador de varios campos de investigación sobre la realidad cubana y, en general, de la historia y la cultura en toda el área del Caribe, en un trabajo que pertenece a una serie que *Raimundo Respall Fina* viene preparando sobre los diversos aspectos de la personalidad y la vastísima obra de don Fernando Ortiz.

Para la mayoría de la intelectualidad colombiana es aún desconocida la figura del sabio cubano. Por ello hemos considerado conveniente publicar en nuestro país el presente estudio, introducción apenas al conjunto de trabajos que sobre el mismo tema prepara su autor, de cuyas manos hemos recibido con carácter de exclusividad estas páginas.

El nombre y la obra de Don Fernando forman parte del mundo cultural cotidiano de la intelectualidad cubana. Para los investigadores cubanos existe ahí una relación de familiaridad que se prolonga después de la muerte del sabio. Este sentimiento de proximidad

* Escritor e investigador cubano, profesor universitario.

dad y convivencia es el que se expresa aquí en la forma discretamente novelada que Raimundo Respall ha querido darle a su evocación del personaje. Se entra pues al texto como si se tratara de un relatio casi costumbrista. Sin embargo, ningún detalle se ha librado ahí al azar. Todo está rigurosamente documentado.

Jaime Mejía Duque

Se habían abierto las puertas del Teatro "Campoamor" para el estreno de cierto concierto litúrgico-yorubá. Un hombre corpulento, pasado de los cincuenta y portando sus inseparables lentes, se detuvo ante el portero y extendiendo su mano —aquella marcada por el largo y sostenido contacto del lápiz "Mirado"¹—exigió el programa de la función. Fue entonces cuando un hombrecillo que le seguía a sólo unos pasos, y que bien lo conocía de las interminables correcciones de imprenta se acercó al portero y con una sonrisa le previno: "¡Cuidado!, don Fernando es capaz de enmendarlo aunque lo hayan escrito en lucumí los propios orishas".

Ocupados al fin todos los asientos con una representación de lo más *distinguido* de la sociedad habanera, el insigne hombre de "ciencia, conciencia y paciencia", salió de entre las sombras del cortinaje y fue a colocarse, con pasos breves, en un extremo del escenario. Erguido tras un improvisado podio desde donde podía dominar a los actores, que ya salían a escena cargados de collares, atuendos rituales y tambores, y al enmudecido público, que atraído por lo exótico del programa habíase dado cita en aquel teatro habanero, Ortiz lanzó una frase de apertura: "¡Aggó Ile! ¡Aggó Ya! ¡Aggó Olofí! ¡olóúm mbaa/'², para invocar con ella la gracia de dioses distantes y ocultos a Elegguá, a Yemayá, a Shangó, me refiero, por supuesto), orishas de un mundo de esclavitud, de ebullición, de rebeldía. . . Había comenzado, esa noche de 1937, el exorcismo del cubano.

El toque de los tres batá, sacros tambores que por vez primera sa-

1. Cuenta el escritor cubano Miguel Barnet que en una de sus tantas visitas a casa de Fernando Ortiz, descubrió que éste tenía un significativo surco en uno de los dedos de la diestra. Con curiosidad, pero respetuosamente, le preguntó qué era aquella huella.

Fernando Ortiz en tono jocoso le respondió que era la marca del lápiz "Mirado" cuando escribió *El contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*.

2. Fernando Ortiz. *La música sagrada de los negros yorubá en Cuba*. La Habana. Ultra. II (13): 77; julio, 1937.

lían del anonimato a la luz profana, imponía su embrujador ritmo, cautivando de manera inusitada a muchos de los que hasta entonces habían creído que la música del negro era sólo ruido. No obstante, el asombro de los presentes era mayor después de cada intervención de Fernando Ortiz. Su profundo conocimiento del mundo musical, danzario e instrumentista de los lucumí, así como de su historia, y su fervorosa defensa del derecho de ésta a ocupar un digno lugar en la cultura nacional, hacían del doctor Ortiz —para algunos— un individuo extraño.

Cerca, muy cerca del escenario donde tenían lugar los hechos, desde el comienzo mismo del acto, una persona que no cesaba de mirar al sorprendente orador, movía por momentos su cabeza en un enigmático gesto, mientras otro hombre, sentado a pocas filas de ésta, lo observaba intrigado. Diríase que le interesaba más penetrar en la mente de aquel espectador, que en el fascinante caleidoscopio sonoro y danzario que tenía frente a sí.

Cuando todo concluyó, y un silencio repentino reinó en la sala, el hombre (que no era otro que Medardo Vitier) alcanzó a oír lo que con cierto tono de indulgencia exclamó, sin dejar de mover la cabeza, aquella persona: “¡Este doctor Ortiz está loco! . . . ¡Dios lo bendiga!”³.

Quizá, este indiscreto fiscal no era otro que un descendiente de los detractores del Quijote. De aquellos *cuertos* caballeros que no entendieron nunca que también acometiendo contra molinos de viento se puede conquistar un espacio más justo y más claro para los hombres del mañana.

La tarde del 10 de abril de 1969, Fernando Ortiz cerró sus ojos como jamás lo había hecho. . . Desde el 16 de julio de 1881 a esa última primavera de la década del sesenta habían corrido muchos años; infinidad de travesuras de infancia y madurez reuníanse de un golpe para hacerle más ardua aún la tarea de discernir entre pasado y presente. Tal parecía que ésta sería su trunca jornada. Sin embargo, dejó un instante los recuerdos y se repitió unas líneas subrayadas en un viejo y querido librito: “No se ve bien sino con

3. Medardo Vitier. *El aliento cubano y el espíritu científico en la obra de Fernando Ortiz*. La Habana. Revista Bimestre Cubana. LXX (1) 39: enero-diciembre, 1955.

el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos”⁴. Tocóse el lado izquierdo del pecho y se vió de pronto caminando por la Plaza de Armas escuchando los argumentos de un testarudo anciano que, en plena adolescencia, le había dado una enseñanza inolvidable:

Para mi abuelo todos los para él odiosos cubanos separatistas, héroes de la manigua revolucionaria, no eran sino negros o mulatos (. . .) Yo que me ufanaba de mi reciente título de bachiller trataba de convencer a mi racista abuelo de su error. Le citaba nombres de generales de la pasada guerra de los diez años y de la nueva guerra de entonces, que eran de tez blanca. De nada valía (. . .) Le recordé al ya caído José Martí, el lucero de los mambises, hijo de progenitores españoles y sin asomo de negra oriundez, y me respondió: “Martí no era de color, pero como si lo fuera: ese fue mulato por dentro”. Y entonces comprendí que en mi tierra el color oscuro en la piel llevaba implícitamente consigo una prejuiciosa consecuencia de inferioridad y vilipendio social transida de injusticias y dolores⁵.

Dolor que, aprehendiendo desde los primeros pasos, se le fue convirtiendo en una huella indeleble que marcó su pensar, su sentir, su decir.

(. . .) movido por mi temprana curiosidad por los hechos humanos y particularmente por los temas sociológicos, que entonces eran de gran novedad en el ambiente donde yo estudiaba, me fuí entrando sin premeditarlo ni sentirlo en la observación de los problemas sociales de mi patria⁶.

La habitación donde se había sentado por última vez tenía una ancha ventana por la que entraban sin pudor todos los vientos. Esa tarde de abril traía un lejano olor a mar. . .

Corría el año de 1882 cuando sus padres lo llevaron a Menorca sin esperar que pudiera balbucear las primeras frases. En aquella pe-

-
4. Antoine de Saint-Exupéry. *El pequeño príncipe*. La Habana. Gente Nueva. Instituto Cubano del Libro, 1963, p. 73.
 5. Fernando Ortiz. *Martí y las razas*. Habana. Comisión Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de Martí. 1953, p. 6 - 7.
 6. *Conferencia en el Club Atenas*, diciembre 12, 1943. En: Araceli García-Carranza. *Bio-bibliografía de don Fernando* (Itinerario 1881 - 1969). Biblioteca Nacional José Martí. Instituto del Libro. 1970, p. 16.

queña isla medieval, donde el castellano y el lemosín se le incorporaron junto al suave susurro del Egeo, tuvo un entrañable compañero de escuelas: un negrito traído de Nubia, quien (. . .) "era el único que hablaba francés y no sabíamos explicarnos por qué aquel negro podía ser bueno y superior, no obstante que su tez era tan oscura como la piel del diablo, según allí nos decían"⁷

En este involuntario discurrir a través de su época de estudiante, comprendió que ciertos factores y preocupaciones humanas habían permanecido en su existencia de tal modo que constituían su razón misma. Porque en verdad, su vida había estado marcada por la búsqueda de respuestas a diversas constantes sociales; tal como dijera en esta reflexión definitiva: "Viví, leí, escribí, publiqué, siempre apresurado y sin sosiego porque la fronda cubana era muy espesa y casi inexplorada, y yo con mis pocas fuerzas no podía hacer sino abrir alguna trocha o intentar derroteros"⁸.

Fue en Madrid donde, como en una paradójica jugada del destino, se le metió el negro en el cuerpo. Era tan solo un joven estudiante interesado por conocer algunas realidades sociales. Las repentinas y en ocasiones involuntarias despedidas de su tierra no lo llevaron al desarraigo; Ya desde Menorca su madre, Josefa Fernández, le enseñó a amar ese olor a huracán que siempre flota en el Caribe.

En esos años, apartado una vez más de su tierra, Ortiz andaba en busca de un punto de partida. Tendría unos veinte años de edad, poco más quizá, cuando visitó el Museo madrileño de Ultramar. Paseaba distraído por las salas y galerías de aquel histórico recinto cuando le salieron al paso unos pocos instrumentos de origen africano pertenecientes, junto a unos trajes de *diablito* y un gran tambor batá, a las culturas negras asentadas en Cuba. Aquel cuadro nacional le despertó el alma cubana, y era lógico que así sucediera, se diría sin dudas cuando afirmó ante tal escena: "sin el negro Cuba no sería Cuba"⁹. Ese día sus preocupaciones encontraron una respuesta.

Era preciso estudiar ese factor integrante de Cuba; pero nadie

7. *Más y más fé en la ciencia*. Revista Bimestre Cubana. LXX (1): 47; enero - diciembre, 1955.

8. Obra citada.

9. *Conferencia en el Club Atenas*. Obra citada, p. 16.

lo había estudiado y hasta parecía como si nadie lo quisiera estudiar. Para unos ello no merecía la pena; para otros era muy propenso a conflictos y disgustos; para otros era evocar culpas inconfesadas y castigar la conciencia; cuando menos, el estudio del negro era tarea harto trabajosa, propicia a las burlas y no daba dinero¹⁰.

De regreso a su ciudad se reúne con Miguel de Carrión y juntos investigan al hombre cubano. Como resultado de estos primeros tanteos, Carrión publica su novela *Las impuras* y Ortiz su libro socio-antropológico, *Los negros brujos*. (1906), prologado desde Turín por el entonces destacado antropólogo y criminalista italiano César Lombroso.

La aparición de este libro y posteriormente, en 1916, la de *Los negros esclavos*, dieron lugar a murmuraciones y actitudes de toda índole. Mientras una nueva y pujante generación reclamaba y aplaudía con júbilo continuador estos estudios; la parte carcomida y conservadora de la sociedad lanzaba sus dentelladas contra la figura del maestro: "Ese hombre, perjudica a la República pues anda despertando asuntos de la esclavitud", gritaban desde el ala recalcitrante de la Cámara algunos de sus miembros; otros, en el extremo opuesto, pero cargados de envidia por la bien ganada popularidad de don Fernando decían que sus excursiones por Regla y Guanabacoa eran simples regodeos politiqueros en busca de votos. No faltaron tampoco las señoras *honradas* que, desde las páginas de Carrión, susurraron al oído de su amante mulato que el doctor Ortiz sólo andaba tras las hijas más jóvenes de Yemayá.

Pero eran muchas y profundas las inquietudes que había despertado el alma al *descubridor*, para que los agónicos clamores de un insignificante grupo cadavérico pudiera detener o aplacar sus deseos de explorar la fronta cubana. Además, comenzaban a soplar con fuerza los vientos del *minorismo*.

Inmerso en los acontecimientos de la década del veinte, don Fernando se convierte en el Maestro de una joven y pujante generación, la cual exigía cambios renovadores en la vida general del país, a la vez que abandona sus excursiones por el campo de la política, para asumir la investigación sociológica y cultural como su princi-

10. *Obra citada*. p. 16 - 17.

pal actividad. No obstante, quedaba su ejemplo de legislador justo y congresista honesto que lo convertían en una excepción que confirmaba la regla de la politiquería imperante.

En el último abril de su vida, cuando recordar era para él una acción involuntaria, encontró dentro de una de sus carpetas unos recortes de varios periódicos norteamericanos de los años treinta, y el manuscrito de un programa dirigido a Gerardo Machado donde abordaba la crisis política cubana y entregaba su fe en un futuro mejor a la juventud reconstructora, única fuerza capaz —según don Fernando— de dar al traste con el estado de cosas que imperaban en aquella época sangrienta.

Por esta esperanza, y por su prestigio intelectual, figuró como una suerte de anciano tribal a la cabeza del Grupo Minorista así como del gran movimiento cultural de la década del veinte. Bajo este afán renovador —agitador, para algunos conservadores preocupados por la “estabilidad” del país— fundó la Sociedad del Folklore Cubano, y un año después, en 1924, lanzó a la calle la revista *Archivos del Folklore Cubano*, cuyas páginas abrieron un luminoso horizonte a las olvidadas tradiciones del pueblo. Y con igual impulso, proclamó la creación de una universidad popular. Iniciativa alcanzada, años más tarde, por Julio Antonio Mella con la constitución de la Universidad Popular José Martí.

La represión más absoluta acompañó el final de esta década. El dictador acometió contra todo intento artístico y literario, con la misma fuerza que reprimía a estudiantes y obreros. Intelectuales como Fernando de Castro y Alejo Carpentier fueron llevados a prisión; otros eran obligados a tomar el camino de exilio.

En esos años las presiones del gobierno interrumpen la vida cultural. Instituciones, Sociedades y publicaciones desaparecen. La Hispanocubana de Cultura cierra sus puertas con la partida de su director Fernando Ortiz.

Volvía a verse entonces, a la altura del año 1969, recorriendo universidades e instituciones norteamericanas: de Tampa a New York, de Washington a la Florida, como un incógnito embajador, de la revolución antimachadista, nombrado por la propia sordera del señor presidente, quien no había querido aceptar ciertos comentarios de ese *obrero* amigo de Rubén Martínez Villena, Pablo de la Torriente Brau y de Raúl Roa.

El doce de julio de 1936, al reanudarse la Institución Hispano-cubana de Cultura, don Fernando subió a la tribuna obligado por una caprichosa situación: los miembros de la Junta ejecutiva de la citada institución, la cual presidía desde 1926, se negaron a dirigirse al auditorio si antes él no lo hacía.

Impuesto por esta *conspiración de lenguas caídas*, y en un intento quizás de encontrar una alegre salida a esta respetuosa huelga, optó por una conferencia que bien pudiera haber sido tomada como un caprichoso soliloquio. Se trataba de un viaje hacia su pasado.

Tomó entre sus manos un libro y tras un breve preámbulo alusivo a su presencia esa noche en el estrado, escogió aparentemente al azar un artículo acerca del nañiquismo, publicado en la revista *Cuba y América* por el año de 1907, el cual había sido compendiado, junto a una extensa serie titulada "Cultura de Ultramar", en el libro *Entre Cubanos*, editado en París en 1913. Después de la lectura de algunos párrafos donde resaltaba la necesidad de estudiar este fenómeno socio-cultural, refiere que ese libro, fruto de su labor periodística en tiempos pasados le sugería un título para tan improvisada charla, y así fue como dispuso llamarla: "Cómo pensaba yo hace 30 años". Porque hojeando sus páginas recorría su vida hacia su primera juventud, y en esa trayectoria —cuando ya alcanzaba los 55 años— ¡cuántos paisajes y paisanos no le salían al paso!: "Una madre, una esposa, Raimundo Cabrera, Jesús Castellanos. . . y era tal la atracción por el reflejo de sí mismo que no pudo abandonar el libro abierto.

No obstante el respeto de que ya gozaba en el mundo intelectual de su época, algunos de los asistentes, entre los que habían ingenuos e intencionados detractores, creyeron que esa repentina retrospectiva anunciaba un ajuste de cuentas que conllevaría, sin dudas, a una comparación entre lo dicho a principios de siglo y lo que entonces pensaba. De ese modo se sentaron a escuchar una recapitulación que, por su sentido popular, mucho les molestaba; pero que podía soportarse una vez más si al final oirían una detracción definitiva.

Don Fernando, ajeno a lo que estos pensaban, seguía inmerso en su lectura, interrumpido sólo por pausas muy breves aprovechadas para calarse los lentes o tomar un sorbo de agua. Pasó sin mucha brusquedad de los abakúa al prólogo, cuyo título: "Al dormido

lector" no era más que la primera advertencia.

Dormimos, no porque las brisas tropicales mezan con embriagadora dulzura nuestra hamaca perezosa, la hamaca donde se amodorraron los pueblos fatalistas; sino porque ya, sin negritos esclavos que nos abaniquen y fuera del pasado que cerraba nuestros ojos, continúan éstos sin luz y nuestras mentes siguen en la misma soñolienta esclavizadora de los antaños arrullos.

El dictado con que en días de revolución se quiso estigmatizarnos, sea hoy nuestro orgullo. Seamos de nuevo 'laborantes', como lo fuimos de la labor libertadora¹¹.

En cada nuevo párrafo Ortiz sentía renacer sus años de juventud, *Entre cubanos* su espíritu cobraba nuevos bríos. Pero ese día Cuba no fue el único tema evocado.

También en Nicaragua encontramos una clase ínfima, pobre e ignorante, otra clase rica y preferentemente extranjera y una clase media de letrados y pequeños burgueses aferrándose por una mesocracia impotente a los resortes de la gobernación¹².

Esa noche resonaron, como muchas otras, las palabras de altura, cubanía y libertad reafirmando el sentido único de la oratoria ortiziana.

Al fin cerró el libro transido de tantos recuerdos y dejó que el silencio inundara la sala. Después, mostrando una maliciosa sonrisa, preguntó: "¿Acaso los oyentes quisieran saber cómo pienso en la actualidad?. Y sin esperar respuesta agregó: "Perdonadme, pero eso sería privarme del tema que desarrollaré en una próxima conferencia, dentro de otros treinta años"¹³.

11. *Entre Cubanos. . . (Psicología Tropical). Al dormido lector.* (Pról.) París, Librería P. Ollendorff. Imprenta E. Aubin, 1913, p. 5.

12. *Nicaragua intervenida. Rápidas impresiones de un cubano.* El Fígaro. La Habana, XXV (51): 633; diciembre 19, 1909. (Capítulo XXX del libro *Entre Cubanos. . .*)

13. Estas frases han sido reconstruidas por el autor a partir de la información tomada de: Fernando Ortiz. *Cómo pensaba yo hace 30 años.* La Habana. Ultra. I (2): 172; agosto, 1936.

Entonces los fantasmas de don Federico y Taita Facundo que, huídos de los versos de Nicolás, habían asistido porque sabían que ese don Fernando seguía rompiendo monte, levantáronse cuan altos eran y aplaudieron con la fuerza estremecedora que le daban sus antepasados.

El eco de aquellas manos solidarias le recordó un día de agosto diez años después. En 1946, Tegucigalpa había sido convertida en la sede de la Primera Conferencia Internacional de Arqueólogos del Caribe, y a ella fue, como presidente de la Delegación cubana. Luego de varios días de andar escrutando selvas y ciudades hondureñas, Ortiz fue llamado a pronunciar un discurso en la sección de clausura de aquel magno encuentro

Llevamos la lección de Copán en su vida y en su muerte. Desapareció por motivos que desconocemos, guerra, enfermedades, la infertilidad de sus campos —o por cualquier otro—, y sobre ella se extiende la desolación de los siglos. Sus sabios, que dominaron la ciencia, no pudieron enseñar a vivir a su pueblo, y su serpiente emplumada voló a lo ignoto. Esa es la lección de Copán. Debemos aspirar a mejor vida, sin morirnos (. . .) Allá en La Habana narraré a mi hijita las cosas de Copán y le diré sobre mis rodillas lo que sé de una serpiente de verdes plumas¹⁴.

Y cuenta el historiador José Luciano Franco, miembro de aquella delegación, que las palabras de don Fernando provocaron “la más duradera y cálida ovación jamás escuchada”.

Se habían conocido mucho tiempo antes. Una tarde que irrumpió en el bufete de Raimundo Cabrera para reunirse con un grupo de cubanos que intentaban encontrar una salida a la crisis política que atravesaba el país. Allí estaba Ortiz y recordaron juntos cuan-

14. Este párrafo —tomado de: José Luciano Franco. *Mis recuerdos de don Fernando*. Casa de las Américas X(55): 6 - 7 ; julio - agosto, 1969— no aparecen textualmente en: Fernando Ortiz. *La lección de Copán*. La Habana. Revista Bimestre Cubana. LVIII (2 - 3) : 140 - 143; septiembre - diciembre, 1946. Sin embargo es de suponer que se trata en ambos casos del mismo discurso. No obstante, el historiador Luciano Franco, testigo en aquel acto, pudo extraer la cita referida de la fuente oral, no coincidiendo así con la versión que Ortiz entregara a imprenta. De cualquier modo, a pesar de las diferencias sintácticas, el sentido es el mismo. Por este motivo, y para conservar el carácter testimonial de este ensayo-biográfico, el autor ha optado por la cita de José Luciano Franco.

do vivían en la calle Belascoaín, en los postreros días de La Habana colonial, y disfrutaban con las tradiciones de aquel barrio pleno de luz, de música y alegría.

Porque Ortiz era de los que se complacía con los paseos carnavalescos de la estación invernal. El desfile de típicos guajiros ataviados con pañolones al cuello, de los variados cabildos que salían de la zona de extramuros, y de los tantos chinos dueños absolutos de los misterios del Celeste Imperio, le causaban una sensación de alegría.

En esos días solía mezclarse con la multitud policroma y se dejaba arrastrar tras las hermosas carrozas que, para llenar el corazón de los cubanos, ocupaban por horas interminables la vía pública. Sin embargo, ese febrero de 1908, unas carrozas adornadas con un gusto ajeno al del pueblo, gusto que denotaba cierto refinamiento aristocrático en su forma, atrajeron la atención de la concurrencia.

Pasaron varias de ellas con una marcha lenta y casi majestuosa, el público viólas pasar sin entusiasmo, como quien mira algo fuera de contexto, de lugar. Eran las carrozas norteamericanas que, junto con los marines, los tratados y la Enmienda, habían venido a empañar una de nuestras tradiciones más antiguas.

Un hombre que estaba cerca de don Fernando en el momento en que las carrozas comenzaban a perderse en el citadino horizonte, como un espectáculo llamado a olvidarse rápidamente, escuchó cuando el maestro exclamaba: “¡Pobre pueblo mío, intervenido hasta en sus placeres!”¹⁵.

En el año de 1943, había llegado nuevamente a Washington, esta vez por motivos de trabajo. Unos amigos de la Universidad de Harvard le invitaron a un té en casa de una conocida concertista norteamericana amiga de Cuba.

Se encontraba el ágape en pleno apogeo cuando un moreno de menos edad que él, al saber que don Fernando era cubano, se le acercó para hablarle de sus experiencias por Regla, Guanabacoa y otros barrios suburbanos que había visitado estando de paso

15. Esta anécdota es una ficción construida por el autor a partir de una fuente bibliográfica: Fernando Ortiz. *Las carrozas americanas*. La Habana. Cuba y América XXVI (8): 3; marzo 28, 1908.

por la Isla. Según aquel hombre, en Cuba era donde se conservaban más puros ciertos cantos y tradiciones de su nativa patria africana.

Ante aquel inusitado testimonio, Ortiz no pudo más que mostrar su verdadero interés por el tema. La charla fue extendiéndose hasta el punto en que el mulato se identificó como un graduado de una universidad inglesa, enriquecido extraordinariamente mediante el negocio de mantecas y aceites vegetales durante la Primera Guerra Mundial. Y para más explicación le entregó su tarjeta de identificación: OBON (Prince). P. Eket Inyang-udon IBIBIO. Nigeria W. Africa.

Yo lo miré —escribiría Ortiz tiempo después—, él me sonrió y, adivinando la pregunta que iba a brotar de mis labios, díjome: 'Si, yo soy un Obón, de los Ekue. Cuando usted quiera venir a mi tierra y estudiar nuestra organización, hasta iniciarse en ella si este es su deseo, no vacile, le ofrezco mi casa y cuanto allí pueda servirle'¹⁶.

A continuación, sin esperar respuesta, le planificó un viaje casi maravilloso donde transitaría por Trinidad y Brasil, para después, atravesar el océano hasta Nigeria, y desde allí, por carretera, llegar a la ciudad Ibibio.

La oferta no podía ser más tentadora; pero la guerra y después otras complejas circunstancias, y el 'exceso de equipaje' que ya significaba el paso de los años para mi persona, me impidieron volar en un avión trasatlántico para ir a escuchar cómo ruge el Ekue a orillas del río Usagará, y ver como allí baila y 'da rama, el íreme'¹⁷.

Pensaba en el encuentro con el príncipe y millonario nigeriano, abakúa de pura cepa, cuando se le acercó su secretaria Conchita Fernández para decirle que se encontraba en Cuba el profesor norteamericano Dubois —un mulato bien oscuro—, quien venía de la Universidad de Atlanta acompañado de su secretaria, también de tez negra. Ortiz levantó la cabeza, abandonando sus recuer-

16. Fernando Ortiz. *¿Dónde hay ñañigos?*. La Habana. Bohemia 42(43): 145 octubre 22, 1950.

17. obra citada.

dos, y dirigiéndose a Conchita, le pidió que reservara una mesa en el *Floridita*.

Al cabo, ésta regresó a la habitación para comunicarle a don Fernando, algo contrariada, que al parecer resultaría imposible llevar a feliz término dicho programa, pues varios restaurantes, a los cuales había llamado, se negaban a recibir negros en sus casas, por muy profesores y distinguidos que fuesen. Según palabras de la propia Conchita, Ortiz, luego de reflexionar un instante, le dijo:

Mira, llama a Pascual Morán —que era propietario del Hotel Royal Palm y Presidente del Círculo Republicano Español, en Cuba— y dile de mi parte que si no resuelve esta situación, lo saco del Círculo y hago que le quemem el hotel.

De más está decir que Morán, aunque no con mucho agrado, reservó la mesa para el doctor y sus invitados¹⁸.

Don Fernando era así. No permitía discriminaciones. Martiano fiel en cuanto a cuestiones de razas, acostumbraba a tratar a los hombres por sus valores humanos y no por el color de su piel. Su casa de L y 27 permanecía abierta a cuanta persona llegara en busca de un consejo, un dato perdido en la historia o cualquier otro asunto que le resultara de interés. En incontables ocasiones, catedráticos y desconocidos artistas populares se reunían en su biblioteca o subían a su dormitorio (último bastión de su sabiduría) y, entre cantos, toques y discusiones a veces interminables, compartían sueños y esperanzas.

Mucho le gustaba salir a la calle en busca de nuevas señales, de remotas huellas que le abrieran las puertas de alguna investigación sobre la vida cubana. En ese andar, confraternizó con trabajadores de los oficios y credos más disímiles, para descubrir entre ellos verdaderos talentos de la música, los bailes y los cantos cubanos. Con ellos recorrió barrios enteros y asistió a celebraciones de ritos que sólo podían ver los iniciados. En cada fiesta, en cada ceremonia, cuando entraba don Fernando los anfitriones le buscaban una mesa aparte, montada con servilleta, cuchillo y tenedor. Pero él, deseoso del contacto único y real con ese mundo nuestro, decía que había ido a aprender, y que quería beber en jícara, comer con cuchara y, sobre todo, estar entre ellos.

18. Conchita Fernández. *El Illamba visto por su secretaria*. Cuba Internacional. XIII (144): 20; noviembre, 1981.

En estas excursiones un día encontró la casa del palero y santero Emilio O'Farrill. Después del hallazgo se sintió atraído por la afabilidad del trato y por lo mucho que podía conocer. Llegaba siempre pasado el mediodía y, entre anotaciones, preguntas y sorpresas, le caía la noche. Allí se portaba como un niño curioso. Todo lo quería saber. Si le decían que *muama* en congo significaba *mujer*, él fingía no comprender el sonido para que se lo repitiesen (en ocasiones hasta tres o cuatro veces) y así poder captar con exactitud la fonética de cada palabra nueva. Más tarde, con paciencia, ya sentado tras su inmenso buró de caoba, clasificaba la información dentro de fichas de cartulina, para de esa forma engrosar su millonarias arcas de saber popular. En esto era una suerte de alquimista moderno, sólo que no buscaba oro en otros metales, sino luz en las entrañas de la sociedad. Su obra es el resultado de esa búsqueda acuciosa en la sabiduría, el habla y el quehacer del pueblo.

De igual modo Ortiz entró en el mundo cultural no sólo habanero, sino también internacional. Los para entonces defensores de nuestras tradiciones pasaban a buscarlo a su casa, o iban a encontrarse con él en su oficina, o en la tertulia del café Martí, o en la Biblioteca de la antigua Sociedad Económica de Amigos del País, o en las más remotas librerías, donde buscaba extrañas ediciones. Todos querían preguntarle algo o que simplemente les permitiera acompañarlo en alguna de sus frecuentes incursiones por ceremonias, plantes y bembés.

Confiesa el escritor Alejo Carpentier que cuando joven, siendo miembro del Grupo Minorista y preocupado por las cuestiones de su patria, fue iniciado por don Fernando en el estudio de esa vasta cantera que son las raíces criollas. En su primera novela, *Ecue-Yamba-O* (1933), el tratamiento del ñáñigo, y en especial, los pasajes donde se describe la *iniciación* del protagonista en una Sociedad Abakúa, son el resultado de apuntes que realizara en ceremonias a las cuales asistió en compañía de don Fernando y de otros amigos, como Amadeo Roldán.

Corría el año de 1919 cuando un joven poeta, de delgada figura y pupila insomne, se detuvo frente a la puerta de un edificio habanero del cual colgaba un cartel: *Bufete. Ortiz-Jiménez Lanier-Barceló*. El mozo vaciló antes de decidirse a entrar en el recinto; poco le atraían los temas jurídicos. Al rato de pensarlo, apretó contra su axila un cuaderno de poemas de Martí que llevaba en su diestra y penetró con paso firme en busca de trabajo.

El joven, quien no era otro que Rubén Martínez Villena, comenzó desde ese mismo día a desempeñar la función de mecanógrafo auxiliar. Sin embargo, no hubieron de transcurrir muchos días para que don Fernando (ese Ortiz del cartel) convirtiera a Rubén en su secretario particular. Pocos años después, será este joven revolucionario y escritor cubano quien tome a su cargo el prólogo y selección de *En la Tribuna*, libro publicado en 1923, el cual reúne los discursos más relevantes pronunciados por Fernando Ortiz hasta esa fecha.

El 30 de enero de ese mismo año —razón quizá se justifica su lamentable ausencia en el referido libro— Fernando Ortiz y Enrique Casuso presentaban a la Cámara de Representantes un proyecto de ley por el cual se concedía plena autonomía y personalidad jurídica a la Universidad de la Habana, la que comenzaba a sufrir la represión de los gobernantes de turno. Como era de esperar, este documento no fue ni discutido.

El tiempo había pasado con rapidez, ya no podía hablar durante horas porque se agotaba; pero aún tenía fuerzas para responder. Descansaba sobre sus rodillas una revista *Bohemia* del año 59, abierta de tal modo que permitía leer en una de sus páginas un titular impreso en grandes caracteres negros: *Tranquilo espero mi última partida de Cuba*, y a renglón seguido: “Una conmovedora carta del doctor Fernando Ortiz”.

Días atrás, en esa misma publicación, alguien le había enviado una carta donde le pedía que le hablara acerca de la *Reforma Agraria*. El peso de los años no le hubiese permitido sostener nuevas polémicas; sin embargo, su actitud ante los problemas de su país, no le permitía eludir el tema. Por eso, utilizando el mismo correo y con el mismo humor cortante de sus años mozos, contestó:

(. . .) el término *reforma agraria* puede ser solamente una expresión pomposa pero hueca si no se la rellena con realidades económicas y jurídicas.

Como la *libertad*, la *justicia*, la *democracia*, la *república*, la *religión* son vocablos que nada significan si no se traducen a concreto lenguaje de positivas verdades¹⁹.

19. Fernando Ortiz. *Tranquilo espero mi última partida de Cuba. Una conmovedora carta del doctor Fernando Ortiz*. La Habana. *Bohemia* 51(34) 146; agosto 23, 1959.

La revista cayó al piso de mosaicos blancos desde sus piernas. Se había quedado dormido, vencido por el cansancio. Días antes la Universidad de Las Villas le había publicado el que sería su último libro: *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, pero la batalla sostenida por alcanzar esas numerosas cuartillas lo habían extenuado, como le dijera a aquel periodista preocupado por asuntos de reformas, sus achaques lo obligaban a guardar holganza. "Tranquilo espero mi última partida de Cuba, que según me dicen, será cualquier día, de repente, ya con el pasaporte visado"²⁰.

El sueño no fue muy reparador. Unos golpecitos a la puerta de aquel despacho de la Manzana de Gómez, desde donde dirigía la Hispanocubana de Cultura, le sacaron de su letargo.

Conchita le había anunciado la visita de un joven poeta camagüeyano, que meses antes había conocido a través de las lecturas del poemario *Motivos de Son*.

Guillén entró con su acostumbrada timidez *in crescendo*. Nada le indicaba cómo sería el primer encuentro con ese gran polígrafo habanero. Ortiz salió del fondo de la habitación con los brazos extendidos, y tras un cordial abrazo, le dijo: "Lo hacía a usted más alto, pero veo que es un tapón de bandera"²¹.

Llegaba el crepúsculo cuando el doctor Julio Le Riverend abandonó la casa de Fernando Ortiz. Eran los últimos años de la década del sesenta. Muy preocupado por lo que había visto se marchó pensando que era doloroso ver como aquella mente preclara se representaba, sin determinación temporal, el medio humano de la niñez y de la juventud, proyectando el pasado y el presente en un mismo tiempo. Sin embargo, cuando salía de esos frecuentes viajes a la semilla, se mostraba tranquilo y seguro.

Trabajó hasta los momentos finales; combatía la pérdida de la vista, los bloqueos cardíacos, la esclerosis, la gangrena seca, con el firme movimiento de su mano sobre el papel en blanco, o urgando a tientas en busca de un dato olvidado, o rodeado de sus compañe-

20. Obra citada.

21. Nicolás Guillén (sin título). La Habana. "El Mundo". Domingo 14 de julio, 1968, pág. 12.

ros de hemisferio. De ese modo prestó su colaboración a instituciones y personalidades de la cultura. Sin embargo, en 1967, dos años antes de su muerte, la falta de lucidez y las prolongadas fugas al pasado le impidieron continuar una vida pública activa. Su casa se convirtió entonces en el *cuartel general* donde muchos de sus colegas y discípulos se reunieron para que este orisha de la intelectualidad cubana les abriera nuevos caminos.

Había llamado a Le Riverend con el propósito de traspasar su biblioteca particular a la Nacional "José Martí", la cual dirigía el connotado historiador. Centenares de obras de las ciencias y la literatura universal de todos los tiempos que, durante años, habían aprendido a convivir entre tortugas de pasta, cascabeles, budas, collares de cuencas de cristales policromos, útiles siboneyes y demás enseres de ritos y liturgias cubanas, los cuales conservaba como trofeos de la justa cruzada contra el *quinto jinete: los racistas*.

Después de llegar a un acuerdo, charlaron un largo rato sobre las fuentes de donde procedían algunos de esos objetos que un día serían orgullo del Museo de la Academia de Ciencias de Cuba y acerca del valor bibliográfico de algunos ejemplares verdaderamente raros. Ortiz no se negó a esclarecer todas las dudas y habló hasta de sus carpetas de trabajo, donde almacenaba por asuntos toda su papelería. Pero cuando llegó el momento de la despedida, don Fernando comenzó a llorar como un niño cuando le quitan su juguete más querido.

Los libros quedaron en su lugar hasta que su dueño les dijo adiós definitivamente.